

CUENTOS PARA ENCONTRARNOS

Eduardo Pérez del Lago



ELEFANTE



BLANCO

CUENTOS
PARA
ENCONTRARNOS



Eduardo Pérez del Lago

CUENTOS
PARA
ENCONTRARNOS

*d*ELEFANTE



BLANCO

EDICIONES EL ELEFANTE BLANCO

1ª edición: octubre 1996

Diseño gráfico: Pablo Barragán

© 1996, El Elefante Blanco
Posadas 1359 - (1011) - Buenos Aires - Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN: 987- 96054-1-1

Impreso en la Argentina

PRÓLOGO

Perdura en este libro de cuentos, apenas escondida, la indagación profunda emprendida por el autor en volumen reciente.¹ Concluía allí que la paz, expresión de la felicidad, no reclama la plenitud ni exige entenderlo todo, pues se contenta con vislumbrar y contemplar. Esa paz descansa confiadamente en la noción de que sólo Dios sabe “por qué extraña química aleó misteriosamente en nosotros los elementos que nos constituyen”.

El ropaje de la ficción, diversificado en diecisiete cuentos breves, abre ahora el telón para un ejercicio de exégesis introspectiva que es apolíneo por sus formas, simbolista por la perspectiva de su abordaje y contemplativo por la mansa fuerza en la que asienta sus claves.

Desde luego, asumir la identidad y el destino providencial sobre la base de una completa entrega y de una parcial suspensión del juicio –fenómenos de fe– coloca a

¹ Eduardo Pérez dal Lago. “Aproximación bíblica al enigma de la identidad personal. El misterio del propio nombre”. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1995.

algunos, por definición, en un estado de marginalidad respecto del mundo convencional. Es normal entonces que más de un personaje de la obra se encuentra impedido de "ver las cosas como deben ser vistas", porque tal es la condición del loco, el artista, el soñador, el poeta y el hombre "recluido en una soledad inalcanzable".

Mientras el padre Eduardo Pérez dal Lago escribe esto al amparo de la narrativa, en otro testimonio de nuestros días² el doctor Fernando Pagés Larraya reconoce una vez más en los alienados a "seres ejemplares que, a través de la singularidad y el uso crítico de la expresión, otorgan un sentido a su inserción orgánica en el cosmos: ellos nos brindan –concluye– un camino de clarividencia en el enmarañado tembladeral de nuestras vidas".

Es por esto que al intuir el fresco misterio de Viviana en el cuento "La dama del Lago", el personaje será un vencedor de las fronteras de la razón, irá más lejos que ésta, y que, como se lee en "La lección serrana", es preciso "caminar por las quebradas y caprichosos senderos que se abren en los cerros, esperando oír hablar a las cosas".

También entre las páginas de un viejo libro de oraciones ("El misterio del bordado") el protagonista del relato encuentra dos obras de su abuela: un Sagrado Corazón

² Fernando Pagés Larraya. "Barroco africano. Investigaciones de psiquiatría transcultural en poblaciones negras tradicionales de América latina". Seminario de Antropología Psiquiátrica, CONICET, Buenos Aires, 1995.

bordado con hilos de seda y una oración escrita que es por añadidura una revelación: "...somos los hilos que dibujan Tu rostro infinitamente bello y amable".

Así de alto, esparcidas y asociadas en las páginas que siguen, vuelan las intuiciones místicas de nuestro nuevo escritor sobre el arcano que nos configura.

Jorge Emilio Gallardo.

PREFACIO

Hay quienes escriben acerca de los temas más variados. No es éste mi caso. Al leer mis cuentos me encuentro con que todos –en mayor o menor medida– tratan el mismo asunto.

A veces pienso que es falta de inspiración. En otras ocasiones me inclino a sospechar de una preocupación obsesiva y omnipresente que se entromete en cada idea para veladamente hacerla suya. Pero prefiero creer que se trata sólo de un tema recurrente, de aquellas motivaciones que duermen detrás de cada acto propio para darle ilación a nuestra historia.

En realidad, creo que cosas como éstas son las que justifican nuestra misma existencia. Parecería que hemos venido al ser para recrear todo según nuestra propia medida, para reeditar el universo entero en una novedosa versión, para rejuvenecer cada cosa con una nueva mirada.

En fin, cada uno sacará sus propias conclusiones. Yo me limito a advertir a los lectores que no encontrarán en estas páginas la riqueza curiosa y heterogénea propia del caminante que se introduce cada día en tierras vírgenes.

Aquí verán el rodeo circular de los siglos, que en el mar agita las olas una y otra vez sobre la misma piedra con la esperanza de vencer su resistencia.

La roca –en este caso– soy yo mismo. Este misterio que me enmarca sin que yo pueda abarcarlo, esto que siéndome tan propio, sin embargo me es ajeno, resistirá mis esfuerzos, sin entregarse a mis armas. Pero será suficiente el intentarlo.

Para quienes quieran acompañarme en este intento, he aquí estas páginas que son tan tuyas como mías.

El autor

EL REY SOLO

En el valle sagrado que duerme en la plácida sombra de la más alta montaña del reino, se alza el sepulcro de los quince miembros de esa dinastía que hizo de estas gentes un pueblo grande.

El edificio es sencillo. No denota esa prepotente arrogancia con que algunos monarcas intentan disimular la hiriente verdad de su propia finitud y de su muerte. Los muros, severos y adustos, ostentan como único mérito el resistir el paso de los muchos años.

Quince cámaras guardan las reales reliquias. Las paredes tienen inscripciones con sobrias referencias de los reyes cuyos despojos guardan. En verdad, parece éste un pueblo cauto en el elogio y para nada propenso a la obsecuencia.

La sepultura del último rey de esta casa se distingue de todas las otras. En realidad, es muy similar, pero llama la atención la novedad de una gran pared estucada y decorada con un relato en una lengua antiquísima. Impresiona también la soledad de esta habitación. No hay esposa, ni hijos, ni favoritos, ni bienamados ministros.

Fue trabajoso develar los epígrafes anticuados del mu-

ro. Sabiendo que puede haber algún error de interpretación (¡Qué traducción no los tiene!), me animo a reproducirlos aquí con la esperanza de que la publicidad de un secreto pueda redimirlo de la silenciosa soledad de tantos siglos.

Dice así: "Sé que hay quienes se preguntan por qué siendo rey de este tan próspero país no me he casado. Pocos entenderían mis razones y por eso me he guardado muy bien de decirlas.

"Pero, llegando ya al fin de mi vida, siento la necesidad de la confidencia. No tengo –porque nunca tuve– la amistosa presencia de aquel a quien revelarle mis secretos. Por eso me he decidido a escribirlos en esta compleja lengua ya olvidada, confiando en que quien tenga la ciencia para develar los arcanos de estos ideogramas, tendrá la sabiduría de no malinterpretarme.

"Por eso, desconocido lector que descifras el misterio que contienen las letras ancianas, tu empeño se verá hoy premiado con mi secreto.

"Es verdad que no he nacido rey. He esperado tres muertes para verme sentado aquí, pero siempre supe que este sitio me pertenecería. Crecí con la convicción de no ser libre de elegir. Sin embargo, no envidié el arbitrio de aquellos que podían abrir senderos distintos de los que sus padres habían recorrido. Sabía que eso no era para mí. Con la resignación con que acepté mi rostro o mi tono de voz, asentí a mi nombre.

"Supe, creo que desde siempre, que los que han nacido

bajo el noble sello de la unicidad deben padecer la soledad de lo que no tiene compañero. De niño me hablaron de la mujer que un día complementaría mi vida, pero pronto descubrí que mi sino elegía para mí un camino en el que nunca podría encontrarla.

“Por un tiempo fueron mis profesores los que atraían toda mi admiración. Tenía por ellos el afecto indigente y venturoso que nos presenta al otro como aquel capaz de enriquecernos. Pero eso fue al principio. Con empeño pude aprender todo lo que ellos podían enseñarme, y un día descubrí que sólo con esfuerzo podía mantenerme despierto cuando hablaban. Preveía lo que iban a decir y me adelantaba a sacar las conclusiones a las que a veces ellos mismos no llegaban.

“Encontré mujeres que me amaron, pero ninguna que engendrara en mí la entrega generosa del amante. Las princesas extranjeras que visitaban el reino con la esperanza de desposarme parecían tener ideas tan artificiales como sus peinados. La cultura, por la que eran alabadas en sus reinos, era como los cabellos retintos que muestran en sus raíces la albura de las canas.

“Tantas veces me he preguntado: ¿Seré yo un ser mitológico, o seré el único hombre en medio de un mundo de primates? La respuesta, sin embargo, siempre me resultó clara: si tuviera una sangre superior, ella no aspiraría a mezclarse. No. Soy un hombre, pero recluido en una soledad inalcanzable.

“Ahora ya no me hago preguntas. Resignado, com-

pleto esta existencia que no habrá de repetirse. Pronto volveré a mi Origen. Allí sabré por qué he sido quien he de ser. Allí preguntaré sin malicia ni rencor, sólo para enterarme”.

Sobre la pared opuesta había otra inscripción escrita por el pueblo como epitafio de su difunto gobernante. Esta sí correspondía a la lengua usual de su tiempo. Decía: “Aquí yace nuestro amado Rey. En él su pueblo encontró un padre, un esposo, un amigo y un hermano”.

EL PRECIO DEL TALENTO

Es verdad que desde chico, por esa previsorasíntesis que resume el mundo entero en el paisaje familiar, entendí que el precio del talento es la locura. Conocí, sin asombro ni espanto, la estrecha frontera que separa lo genial de lo absurdo, lo extraordinario de lo anormal, lo exquisito de lo excéntrico.

En los mitológicos personajes que poblaron mi infancia palpé el confuso brotar del fruto de la sinrazón en el árbol de la sabiduría. Entreví, por las hendijas de mis mayores, un interior magnífico y único que al nacer al mundo buscaba conformarse —en principio— con los comunes cánones de la mediocridad. Sin saber cuándo ni cómo, acompañé una extraña metamorfosis que cortando las amarras de la adecuación liberó su originalidad para condenarse al ostracismo.

Presenció, entonces, esa demencia que no degrada, que sólo aísla en la dolorosa certeza de saberse único. Como guantes sin pareja supieron guardar su soledad con abnegada resignación. Ante el sensato dictamen sobre su inutilidad social vivieron su locura con singular decoro, conscientes de pagar el justo tributo por la aventura de

escudriñar la verdad adelantándose a las prudentes vanguardias. Presentaron su ofrenda, conformes, satisfechos de recibir tanto por un precio tan escaso, y se refugiaron en un conveniente y discreto exilio.

Y cuando los muchos soles maduraron mi propio grano, yo también sentí que los manantiales hasta entonces serenos como en estío se convertían en torrentes caudalosos. Creo que en principio me resistí a su arrollo y por seguras esclusas desvié esas aguas desbordantes. Pero yo sabía que las leyes de la herencia un día me pondrían ante la difícil opción.

Comprendí, desde siempre, que tarde o temprano llegaría el día de la elección dolorosa. Si en principio me opuse a reeditar una historia que ya conocía, no fue por la avaricia de no pagar el precio del talento. Creo que fue la vana ilusión de poder compaginar lo que de ninguna manera se conjuga.

Pero un día descubrí que un grito ahogado pedía auxilio. Era como el gemido de un aborto, como el llanto de un ser destinado a vivir y condenado por mí a la muerte. Me apiadé, compadecido. No quise imitar la perversa obstinación de Layo desafiando un destino seguro. Supe que ese niño que gemía, un día alzaría como Edipo sus fuerzas contra mí para destronar la soberanía de mi cordura. Lo dejé nacer y lo vi crecer magnífico y robusto, y en su vigor contemplé mi propio ocaso.

He de reconocer, sin embargo, que gusté la tentación de un inmenso mar desconocido que con insistencia me

invitaba a adentrarme. Amé sentir que mis pies no encontraban el disgregado sostén de las arenas.

Supe en todo momento que la prudencia recomendaba volver la vista hacia la costa, pero no me resistí a la imperiosa seducción del horizonte. Gocé la libertad de la holgura, la sencilla expansión de no tener obstáculo que estorbara mi movimiento. Saboreé eso que se parece tanto al infinito. Sentí que el agua de una fuente escondida fecundaba cada sector de mi tierra sedienta y vi despertar las semillas de su aletargado sueño y estirar sus miembros ocultos para liberarlos de su secular entumecimiento.

Paciente, presencié la conversión de un huerto cuidado en una exuberante selva. El placer y el temor visitaron mi alma con rítmica frecuencia. Amé elevarme y, elevado, gusté mirar hacia arriba, pero al bajar la vista el vértigo de la altura me urgía buscar la firme solidez del suelo para apoyarme.

Resignado esperé el sabio dictamen del mundo. El mañana habría de exigir el tributo de mi audacia. Sólo una joven muerte podría librarme de un destino alienado.

Aún no han llegado, pero yo sé que un día vendrán a buscarme. A veces, en sueños, veo a dos hombres vestidos de blanco que con mirada comprensiva no parecen comprender que son los emisarios de un mundo que ama lo regular y detesta lo distinto. Pero no huyo de ellos; con la esperanza del que aguarda un sacrificio redentor los recibo complacido. Ellos no saben que yo sé; ellos creen que yo no entiendo.

Y despierto me digo: un día más me han dado. Y el don de esas horas de libertad lo disfruto con la intensidad del momento único. Quizá sea el último. Quizá mañana paredes y rejas prudentes aíslen el mundo de mi desvarío. No importa. Allí estaré yo, allí estará quien por haberme hecho heredero de talentos me hizo deudor de su precio debido. Allí, paciente, esperaré el día sin ocaso del abrazo de todos los hombres. Y soñaré ese encuentro (el sueño nunca se aprisiona). Y me consolará la esperanza de ese tiempo sin horas y de ese espacio sin distancia que me una a todos sin pedirme que deje de ser quien soy.

LA DAMA DEL LAGO

Mi tío solía contarme que el origen mitológico del apellido que llevamos con tanto orgullo se remonta a la muchacha que en el bosque de Brocelianda enamoró a Merlín y se hizo confidente de sus secretos.

Desde chico, Viviana –que ése era el nombre de nuestro ilustre antepasado– pasó a tener en mi memoria y en mi imaginación la misma existencia que aquellos otros parientes que visitábamos de vez en cuando en las sombrías tumbas que guardaban su descanso. Su recuerdo era tan real como el de esos otros nombres que al reparar la sepia de las fotos hilaban una historia que era la mía propia.

Entiendo que por esta razón –por curioso que pareciera– sentí desde siempre que mis venas llevaban una sangre mitológica y magnífica heredada de esa fuente legendaria. Se engendró en mí el sentimiento nobilísimo de pertenecer a una raza de héroes que fundaban su soberanía no en la fuerza, sino en la sabia contemplación de lo arcano y escondido.

Viviana, la que criaba al joven Lanzarote en el oculto

dominio de un lago y entregaba la espada victoriosa al rey Arturo, guardaba los secretos de otros mundos. No lo hacía con la recelosa mezquindad de los avaros. Administraba su riqueza con discreta generosidad. No era pródiga, no derrochaba, pero era fecunda cuando preveía una buena acogida. Ella introducía en sus misterios sólo a aquellos que mostraban un recto interés por conocerlos.

Sé que se han dicho de ella cosas muy malas. Pero entre los suyos nunca se la criticaba. Se hablaba de ella con filial cariño, y con disimulo se ocultaban las versiones –maliciosas, según entiendo– que pretendían condenarla.

Sin embargo, sólo en el seno de nuestra intimidad más cercana, admitíamos que la dama del lago podría haber tenido sus errores. Todos los de su raza los tenemos, ¿por qué no habría de tenerlos ella?

Como en casa no había ninguna imagen de Viviana, le pregunté a mi tío cómo podía hacer para recordarla. Él, muy convencido de lo que decía, me contestó que, siendo una dama del lago, cada gota reflejaba su rostro si uno sabía mirarla.

Esta respuesta me pareció tan certera y la voz de mi tío tan autorizada que fecundó de tal modo mi infantil imaginación que en cada lluvia sabía descubrir la grata visita de mi pariente legendario. La veía anunciarse en el calor bochornoso que antecede a la tormenta y en las sombrías nubes que opacan el cielo para hacerlo aún más misterioso. Me acercaba a la ventana para disfrutar la tensa quietud con que toda la naturaleza la esperaba. Y yo me unía

a ese magnífico ceremonial cósmico que precedía su llegada soberana. El resplandor del relámpago y el estrépito del trueno estimulaban mi esperanza. Vendría otra vez, ya estaría cerca de casa...

Los años pasaron y llegó la conciencia de no compartir con otros este mundo mitológico. La broma y el asombro de los compañeros de estudios me aconsejaron moderar mis relatos para no ser malinterpretado. Dolorosamente conocí la necesaria distinción de la verdad verificable y la fantasía legendaria.

Reconozco que con el descubrimiento me hallé empobrecido. No era que el pertenecer a una estirpe mitológica me hiciera sentir superior; en realidad, hasta entonces, creía que en el pasado de cada familia moraba un origen legendario y asombroso como el que se enseñoreaba de mi propia casa.

El conocer que los demás apenas si recordaban el nombre de aquellos que precedieron su paso en el ser y que descartaban como imposible cualquier parentesco extraordinario fue como enfrentarme a la orfandad de lo mítico, como reducir los infinitos mundos de la imaginación y la analógica certeza de la fantasía a la estrechez unívoca del pasado demostrable. Sentí la irreparable pérdida de todos aquellos seres de cuya existencia no hablan los libros de historia y cuyo paso por el mundo no dejó el rastro infalible que certifican los seguros documentos.

Pero un día, ahogado por el adolescente rigor científico que pretendía dogmatizar desde su limitación los hori-

zontes de lo creíble, volví a encontrarme con Viviana cuando una tarde plomiza preanunció la lluvia.

Sentí entonces que todo lo que me rodeaba seguía creyendo en ella. El estival agobio anticipaba el grato frescor de su presencia amiga. Las respetuosas nubes velaban la meridiana luz para no herir la armonía. La tierra misma elevaba un canto de aromas de sudorosa sequía y, esperanzada, aguardaba el necesario consuelo.

En verdad, todo seguía creyendo en ella. Era yo –¡uno de su misma familia!– quien había determinado no confiar más en su existencia. Me sentí abochornado. Por el influjo de un rigor científico que aceptaba la posible verdad de cosas tanto más inaccesibles para mí que la leyenda, había renegado de creer en algo tan seguro como esa lluvia que se presentía. Y cuando el agua empezó a fecundar con su fresco abrazo cada cosa, supe que sólo entran en los dominios de Viviana aquellos que pueden entender la verdad escondida que guarda la fantasía.

EL PRESTIGIO DEL POETA

A veces, los otros creían que él mentía o fabulaba cuando al recordar las cosas del pasado sus versiones no coincidían. Pero no era así. Con recta conciencia intentaba hurgar en la memoria las huellas de las cosas, pero al expresarlas notaba que diferían de lo que los otros llamaban "la verdad objetiva".

Sabía que a veces lo miraban con la indulgencia paciente que se destina a los locos. Había sentido que entre los nombres con que decidieron restarle responsabilidad a sus relatos se repetía con frecuencia el de soñador y el de poeta.

La historia parecía derramarse sobre él con la voluble naturaleza de los líquidos. Cada cosa perdía su forma propia para acomodarse a la suya. Era notable ver cómo un mismo acontecimiento se encarnaba en su historia para recrearse en algo que guardando perfecta conformidad con su origen devenía completamente nuevo. Pero los demás no veían esa "perfecta conformidad".

Algunos lo malinterpretaban y hasta creían que él sufría por no ver las cosas "como deben ser vistas". Pero él se maravillaba del ingenio de un Dios que habiendo crea-

do un universo tan complejo, quiso a su vez multiplicarlo tantas veces como hombres habrían de conocerlo.

Su prestigio disminuía a los ojos de los demás hombres, pero él cada vez se sentía más complacido de tener por misión la de recrear cada cosa para –a través de sus ojos– verla enteramente nueva.

EL NOMBRE DE JUAN

Juan era un buen pintor. Sus maestros solían destacarlo entre los demás alumnos. Ahora él mismo enseñaba y sus discípulos lo imitaban con veneración. Gozaba de una fama difundida y sus cuadros se cotizaban muy bien en las subastas más prestigiosas.

Sin embargo, muchas veces no estaba satisfecho con sus obras. Al terminar un trabajo solía observarlo por horas y pensaba: "Ver un cuadro propio es como mirar la fotografía de uno mismo; a uno puede gustarle o no cómo está retratado, pero no puede dejar de verse en ella". En sus cuadros Juan era pájaro y paisaje, flor y océano inmenso, pero siempre era Juan.

Hubiera deseado sentir la emoción que surgía en su corazón cuando contemplaba las obras de otro. Podían agradaarle o no, pero nunca se encontraba en ellas. Eran lo otro, lo distinto, lo extraño, lo complementario; tenían aquello que a él le faltaba.

Es verdad que reprimía esta emoción que lo hacía sentir indigente. Prefería no depender de otro. En esto envidiaba a Dios y solía preguntarse: "¿Por qué se reservó para sí la exclusiva potestad de crear lo otro? ¿Por qué para

complementar nuestra pobreza debemos recurrir a algo que no nos pertenece?"

Sentía que su creación no lo enriquecía. Por el contrario, observaba que lo encontraba más terriblemente en la limitada misión de ser él mismo. En sus exposiciones se escondía tras los cortinados para escuchar los comentarios. Lo hería oír: "Sin duda es el pincel de Juan", "Éstos son sus colores", "Aquí aparece claramente su línea expresiva", "Aquí hay continuidad temática".

Hubiera deseado ser confundido, equivocarse él mismo sobre la autoría de sus propias obras, para poder descubrir en ellas algo distinto de sí. Envidiaba el destino de Pigmalión, quería enamorarse de sus obras y ser seducido por sus líneas sin ahogarse en su propio mundo, como Narciso.

Presentía un destino infecundo como el de un soltero que nunca complementa su soledad con la mujer amada. "Es triste ser estéril", se dijo. Y dejó el óleo endurecerse en sus pinceles con la determinación de no pintar más. Acomodó un sillón en la galería donde guardaba las obras que sus amigos le habían obsequiado. Y amó en ellas lo otro, y se enriqueció en el misterio de lo diferente.

Ya no fue más Juan. Cambió de nombre cada vez que amó a alguien distinto. Con el tiempo, el mundo olvidó su nombre a medida que mermaron sus exposiciones. Y él también lo olvidó. Con esa química misteriosa aleó sus elementos con los de cada otro que conoció. Y saboreó la riqueza del amor que se parece mucho al infinito.

LOS MIRADORES GADITANOS

Muchos se preguntaban qué sentido tendría el malgastar tiempo, salud y dinero como él lo hacía. Incluso hubo quienes con buena voluntad intentaron hacerlo recapacitar. La juventud y el talento, al parecer, deben producir su fruto; y esa vida de lector bohemio y taciturno –decían– se asemeja a una buena tierra poblada de cardos por la pereza de su dueño. Otros, con menos paciencia, procuraron distraer la atención de su amigo a realidades más terrestres. Pero todos los intentos fueron vanos.

Rafael, que éste era su nombre, se dejaba llevar por ese irresistible llamado que lo atraía hacia la profundidad de las cosas. A veces era la comprensión de un concepto el motivo del ingreso en el mundo de las etimologías. En ocasiones olvidaba la razón primera por la que se introducía en los autores arcanos, pero no por esto desistía de su esfuerzo.

Es verdad que en su vasta cultura no encontraba respuesta a las críticas sobre la esterilidad de su vida. Pero no era ésta su experiencia interior. Cuando se dejaba llevar por su natural inclinación, sentía la fecundidad de un

caudaloso manantial que brotaba al contacto de una idea con otra. A veces creía que la prodigiosa multiplicación de los frutos que recogía superaría la magnitud de su cauce. Pero esto nunca sucedía.

Un día, buscando el modo de ejemplificar el sentido de su misión en el mundo, se le ocurrió pensar en una casa. Sabía que los edificios tienen partes que les son indispensables. Conocía la importancia de la solidez de las columnas, la necesaria cohesión de las techumbres, el abrigado amparo de las paredes, la luminosa sutileza de las vidrieras y la acogedora misión de las puertas, pero al pensarse a sí mismo, se imaginaba como esos graciosos miradores que en Cádiz se alzan para acompañar con la vista el navegar de los barcos.

Sin duda su misión no era ornamental. Los gaditanos que caminaban en medio de puertas, columnas y ventanas confiaban que la curiosidad sin descanso de alguno mantuviera perfecta la vigilia.

Así, Rafael construía con las lenguas olvidadas que duermen en gruesos volúmenes empolvados una torre que todos consideraban inservible. Muchas veces había intentado atraer la atención de los demás desde su minarete, pero pronto se resignó a compartir la soledad de Simón el Estilita.

Sus amigos, aferrados como estaban a este suelo, dejaron de verlo. Entretenidos con tanta preocupación terrena se olvidaron de alzar sus ojos al cielo. Con el tiempo el recuerdo de Rafael se borró de la memoria de sus compañeros.

Pero un día se oyó un grito que venía desde lo alto. Fue como el griego "Eureka", o como el anhelado "Tierra" del navegante marino. Los ojos de los hombres buscaron el origen de aquella alarma, y elevando la mirada, notaron que sus ojos se deslumbraban por el exceso de luz, y que sus cuellos agobiados por el trabajo se erguían con dificultad. Allí lo vieron. Su rostro parecía saludable como el de un niño que no conoce la aguda huella del tiempo. Entonces, sólo entonces, comprendieron que lo suyo no era yermo.

LA IRREPETIBLE MISIÓN DE CADA UNO

No podría decirse que fuera hermosa, pero tenía una sobria elegancia que atraía. De haber sido más bella es posible que su éxito no hubiera sido tan universal. En general, se envidia a los que poseen el don de la belleza y se admira a los que adquieren la virtud de la sobriedad (¿será que en la sensibilidad natural está el envidiar aquello que el otro tiene sin mayor esfuerzo que la gratuidad y el admirar lo que se posee como fruto del empeño?).

Antes de conocerla no podía dejar de valorar la seducción de las formas estereotipadas. Creía, por entonces, que la belleza se encontraba en aquellas medidas armoniosas y proporcionadas que se repiten en distinta escala en muñecas y maniqués hasta convertirse en arquetipos humanos. No conocía otro equilibrio que el de la simetría y otro orden que el del canon rítmico y riguroso.

Pero en ella el atractivo era distinto. El hecho es que al mirarla uno se encontraba ante un ser que misteriosamente gobernaba desde un inalcanzable sector de su persona cada gesto para hacerlo cautivante. Cada expresión no sólo la tenía por actriz. Ella era también su autora. Ella

misma escribía su papel y decidía cada una de sus intervenciones hasta engendrarse a sí misma. Al parecer, por una misteriosa autoridad, ella determinaba cada acto de su historia como quien tiene una potestad soberana.

Podría entenderse por mi relato que se trataba de un ser despótico y autoritario. Nada más apartado de la verdad. Su señorío se cubría del manto de la humildad para hacerse aún más extraordinario.

He llegado a pensar que sin recurrir a ningún artificio el pelo corría por su cabeza obedeciendo a su personal proyecto. Parecía que sumiso se curvaba y se alargaba reverenciando la orden precisa de su dueña.

Daba la impresión de conocer la medida exacta de la risa, el volumen perfecto de la voz y el tono correcto de cada palabra. Sin mentir ni distorsionar podía hacer de una historia modesta el relato más extraordinario. Recurriendo solamente a los condimentos de un intrigante preámbulo y de una sabia conclusión recreaba lo ordinario hasta convertirlo en un hecho fantástico.

Todo le era perdonado. El modo en que actuaba nunca hería ni agraviaba. Era gozoso hasta escuchar sus retos. Con gusto cualquiera le hubiera pedido que los repitiera, pero nunca lo hacía. Eso era parte de su encanto. El próximo ataque tendría otra sutileza y su novedad volvería a maravillarnos.

Cada hora junto a ella tenía el entusiasmo del asombro. Su originalidad era tal que no sólo se negaba a imitar los arquetipos de su tiempo, sino que tampoco se

repetía a sí misma. Con su acostumbrada magia conseguía la paradoja de ser siempre fiel a su propio estilo sin jamás repetirse.

Existen en las casas aquellas cosas que por su inusitado valor desentonan con las otras. Son cosas que deben estar solas, porque cada objeto que se le acerca se ve abochornado por una insignificancia abrumadora. Así era ella. Nada a su lado podría esconder su vulgaridad. Ninguna mujer que se le acercara podía permanecer un instante sin experimentar el dolor de una derrota desproporcionada.

Sabía que guardaba el secreto de ser ella misma. Al contemplarla hurgaba el arcano que le permitía alcanzar la absolutamente irremplazable misión de su propia existencia. Al lado suyo todo parecía repetirse absurdamente por la copia y la fusión. Pero ella guardaba sus contornos sin diluirse en nadie ni confundirse con nada. Parecía inmune a la ósmosis que en estos tiempos masivos penetra cada ser para limar sus diferencias.

De entre los muchos beneficios que le debo está el enfrentar mi vida a la urgencia de ser conforme a la propia identidad que me fue dada. En ella supe apreciar cuánto enriquece a la humanidad el que cada hombre sea irrepetible. Por ella asumí este reto de ser conforme a un nombre que nadie más que yo podría poseer y que es la misma razón por la que Dios se tomó el trabajo de crearme.

EL APRENDIZAJE DEL AMOR

Mamá era sabia. No sé dónde había aprendido tantas cosas, ni cómo hacía para guardarlas dentro de los límites de una mente que no parecía amplia. A veces nos deslumbraba con sus sentencias. Guardaba silencio si no era consultada, pero si se le preguntaba algo, hurgaba en el estrecho bagaje de las vidas cercanas por el parentesco o la vecindad, los ejemplos y moralejas que pudieran servir para contestar a lo que se le planteaba.

Recuerdo muchas de sus sentencias memorables. Otras, silenciadas por el olvido, se manifiestan en una especie de sentido común familiar que permite entendernos perfectamente entre aquellos que gustaron de este maternal magisterio.

A veces pienso que sus enseñanzas entretejieron mi vida. Si me pregunto quién me enseñó a amar, se me ocurre pensar que fue ella con los cercanos cuentos de sus tías. Como esa vez en que creí que el amor debía equipararse con la adoración y me deslumbraba con aquellos inalcanzables ideales que tantas veces agotan el afán de superación por su falta de realismo. Entonces mamá habló con-

migo y con magistral destreza me expuso las historias de una tía suya que adoraba a su marido y de otra que, al parecer, era adorada por su esposo. Según ella, ninguna de las dos había sido feliz.

Mamá explicaba que la adoración es una especie de amor que va de abajo hacia arriba, así como la misericordia es el amor que se inclina de arriba hacia abajo. Pero entendía que el amor —en realidad— debía darse siempre como la complementación de los iguales.

La tía adoradora, según decía, vivió ocultándose a sí misma las pequeñeces de aquel hombre a quien adoraba. Sin duda, no hubiera resistido la triste verdad de no poder esperar hallar en su esposo aquello que en él no se encontraba. Sólo descansó cuando enviudó. Entonces sí pudo endiosar a ese varón inmaculado y mantener el mito que ella misma había creado, sin temor de ver su idolatría defraudada.

La tía adorada tampoco encontró mayor consuelo. Confundió la piedad con el amor y por misericordia se casó con un hombre que parecía quererla más que ningún otro. Poco a poco descubrió que su superioridad era tal que actuando de cualquier modo iba a conocer siempre el éxito de la corona. Perdió el afán de la conquista ante ese hombre por el que no debía esforzarse en nada. Al principio parecía sentirse halagada, pero pronto conoció el más atroz de los aburrimientos.

Por entonces, las enseñanzas maternas sirvieron para hacer más humildes y más sabias mis expectativas. Pero

pasada la confusión con la adoración, su experiencia volvió a socorrerme cuando empecé a pensar que el amor podía identificarse, por lo menos, con la admiración.

Otra vez el consejo sabio de mamá se gestó entre las ramas de su árbol genealógico y en esta ocasión recurrió a dos primas hermanas. Según parece, ellas también se casaron muy enamoradas. Sus maridos causaban en ellas ese asombro que deja sin habla y esa sensación acogedora de encontrarse a la sombra de un gran árbol que puede servirnos de refugio.

Pero mamá creía que la admiración era un sentimiento de intensidad tal que o bien termina en el desengaño o bien se prolonga en la esclavitud.

Así fue en el caso de una de las primas que, descubriendo en la doméstica cercanía de lo cotidiano los indicios de la real limitación de su esposo, se sintió defraudada como quien habiendo creído haber comprado un cuadro original halla al acercársele la vulgaridad de la copia.

La otra prima, la que se negó a ver las fallas de su esposo, vivió en el sometimiento servil de un sentimiento que no le permitió otra complementación que la más absoluta obediencia.

A veces quisiera encontrar las respuestas misteriosas que ese estrecho círculo de parientes engendraba en la mente de mi madre. Repaso sus nombres sin encontrar ninguna enseñanza extraordinaria. Ciertamente, mamá era sabia.

LA TRADICIÓN

Los muebles castaños invadían cada espacio, ajenos a las leyes de la simetría o a los sensatos consejos de la comodidad. Sus contornos curiosos abrían caprichosos senderos entre esos armatostes que conocieron la amplitud de salones más espaciosos. Cada maniobra hacía necesario trasladar una silla o deslizar un adorno.

Sin embargo, el abuelo se manejaba con singular destreza en medio de ese bosque de caobas y nogales. Conocía con precisión la medida en que cada cajón podía ser abierto y el ángulo exacto que convenía a cada puerta.

Bastaba mirarlo para descubrir en él un cuidadoso liturgo de ritos seculares. La casa, que no conocía la sorpresa de lo nuevo, era tan suya como sus piernas o sus manos. A veces su figura se confundía con su sillón predilecto y en oportunidades parecía mimetizarse con los personajes del tapiz. Una extraña ósmosis penetraba todo y borraba los contornos de cada cosa hasta hacer de ese escenario un mágico cuerpo animado por un anciano que fluía por los serpenteantes caminos como la sangre por

las venas. Todo parecía esperarle para recuperar su vitalidad y su lozanía.

La rígida sucesión de los horarios creaba urgencias inexistentes y recreos innecesarios. Al despertar, dejaba su cuerpo descansar antes de levantarse. Pero no permanecía ocioso, recorría con la mente cada parte de sí mismo para augurarle un buen día. Ejercitaba la memoria para no olvidar el pasado y con la imaginación soñaba, empeñado, en no cerrarse al futuro.

Enfrentaba así los problemas cotidianos, decidido a cambiar lo mutable y a aceptar lo inmutable, con la optimista resignación de quien sabe ver lo bueno, aun en lo adverso.

Cuando sus tardes se hicieron cansadas y sus ojos conocieron la fatiga que engendra las sombras, llamó a su nieto para introducirlo en los arcanos de las cosas. Con magistral paciencia le enseñó el secreto de cada madera y el elocuente silencio de toda talla. Su docencia le permitió descifrar el mensaje escrito por los siglos en las vetas de los mármoles y el misterio de la imagen de uno mismo que duerme detrás de cada espejo. Con su guía conoció la placidez cortesana que se destiñe en los gobelinos, como en el corazón de quien se deja seducir por ella.

Por su consejo aprendió a respetar la frágil naturaleza de todo lo bello. Supo entonces amarlo sin buscar poseerlo, sin exigirle más placer que el de contemplarlo.

Con el tiempo cada cosa lo reconoció como su nuevo dueño, y sin retaceos le develó sus secretos. Y prolongó,

así, la ancestral misión de alentar lo inerte; de reconciliar el bronce, el cristal y la madera; de dar vida, sentimiento y voz a cada color y cada forma.

Como quien recibe la misión de un cansado mensajero llegado a la posta, el joven, en la armonía de un abrazo, intentó reconciliar el pasado y el presente, lo actual y lo soñado. Desde entonces prolongó en su propia vida la noble vocación de ese anciano, e intentó hacer signo, metáfora y símbolo de cada realidad, con el afán de descubrir la impronta divina que duerme escondida en cada cosa.

LA DESCRIPCIÓN DE LA CASA

El hubiera necesitado de gruesos volúmenes de historias para presentar la casa donde había pasado su niñez. Sus hermanos, sin embargo, pudieron describirla en tres líneas de periódico cuando decidieron venderla.

Ciertamente le era difícil el entendimiento con esos hermanos. Nada sabían ellos de los seres que misteriosamente habitaban en medio de esas paredes en las que creían ser los únicos moradores. ¿Pero no habían notado el extraño quejido que muy de vez en cuando exhalaba el monstruoso ser que dormía detrás del cuadro de la sala?

El metraje del terreno se dispuso con la justeza y mensura de la geometría. Sin duda no conocían los rumbos interminables que se abrían detrás de esa puertita escondida debajo de la escalera. ¿Es posible que nunca se hubieran introducido en los mundos que celosamente ocultaba la luna de espejo que reinaba sobre la consola?

Medían en metros una superficie que era infinita en secretos. Tasaban el valor que al parecer disminuían los años. Y eran esos mismos años los que habían engendra-

do en la casa el precio incalculable del mito. ¿Valdrían más las jóvenes paredes sin historia?

Nunca entendieron por qué se entristeció al mudarse. Las espléndidas vidrieras sin colores de la nueva casa ya no teñían cada cosa haciéndola nueva. Los rectos frisos sin molduras no cobijaban ninguna historia. La funcional arquitectura no guardaba ningún lugar absurdo y necesario como el capricho. El paisaje, gélido y uniforme como el de una oficina pública, no parecía ser tierra fértil para la leyenda.

Por un tiempo sufrió ese destierro solitario, pero después los recuerdos que llevaba en la memoria fecundaron cada cosa para recrearla en una nueva imagen. Como encerrados en una arca salvadora, los seres mitológicos del pasado habían sobrevivido al diluvio en su mente. Y ahora, pasadas las lluvias, querían gozar nuevamente de la tierra firme para restaurar su reino.

Allí, en ese destierro de historias, en esa tierra virgen y novedosa, desembarcó cada forma para prolongar su leyenda. Allí descubrió que en verdad no hay desierto donde no pueda brotar una rosa.

EL DRAGÓN

Su interminable serpentear comenzaba en la esquina del comedor y avanzaba por la boca del arco dejando frente a sus fauces abiertas un estrecho paso. De chico hacía un interminable periplo de pasillos y salitas por librarme de ese pasaje que se me presentaba como el más peligroso de la casa.

Los días de fiesta, la abuela mandaba plegarlo para que el comedor se librara de esta custodia feroz y constante. Lo veía allí, junto a la esquina, mostrando en el último panel una decapitada mansedumbre. Así lo hubiera querido ver siempre.

Pero despedidas las visitas, se enfundaban los sillones y, atenuadas las luces, volvía a avanzar el sinuoso reptar del dragón del biombo.

Un día la abuela me mandó a la cocina por un vaso de agua fresca para acompañar sus medicinas. El camino más corto me hubiera hecho pasar frente a la guardia siempre atenta del custodio del arco. Como siempre, mi cobarde sensatez prefirió el sendero más largo.

Al volver no me reprochó mi retraso. Me atrajo a su lado y dejando sus medicinas abrió un volumen de Rilke

que tenía a su lado. No recuerdo exactamente las palabras, pero sé que decía que todos los dragones de nuestra vida son posiblemente princesas que esperan vernos bellos y valientes, para develarnos su presencia encantadora y escondida.

Creo que no me costó descubrir detrás de la aterradora fealdad del dragón la hipotética belleza de la princesa. Ésta es la ventaja de los niños que fundan su sabiduría en la mágica verdad de las fábulas.

Desde entonces mis viajes a la cocina no fueron tan largos. Cuando la longitud del biombo parecía cerrar mis pasos con su feroz custodia, me bastaba acercarme sin miedo para plegarlo y hacerlo a un lado.

LA HUMILDE BELLEZA DE LO REDIMIDO

No recuerdo en qué año, pero sin duda fue en la vigilia de la Pascua, en esa noche misteriosa que renueva la esperanza de la salvación. Estaba yo en la iglesia. El templo a oscuras manifestaba las tinieblas anteriores a la redención. En el atrio se encendía el cirio que simboliza a Cristo.

Al entrar en el templo, la luz de este cirio fue disipando las sombras de esa noche. Un diácono lo mostraba proclamando: "Lumen Christi", mientras los monaguillos tomaban parte de ese fuego en sus pasillos y encendían nuestras velas. Cuando el diácono llegó al presbiterio y todo el templo se halló iluminado por la multiplicación de esa única luz primera, dejó el cirio sobre un pie adornado con flores y cantó el "Exultet".

Siempre disfruté de este anuncio solemne de la resurrección del Señor. Acompañaba cada palabra de este canto con renovada alegría. Pero recuerdo, que en esa oportunidad una estrofa engendró en mí una cierta resistencia. Lo único que no compartía de esas enseñanzas conmovedoras era el llamar feliz a la culpa de Adán. ¿Cómo podía llamarse así al pecado primero que tantos dolores

nos ha traído? Es verdad que el mismo himno aclara que la felicidad de esta culpa está en habernos merecido la gloria de un Redentor tan magnífico. Pero yo me resistía a hablar del pecado de esa manera y sospechaba que la traición de algún traductor había deformado el sentido original de ese verso.

De entre los muchos maestros que intentaron adelantar mi experiencia con la suya había aprendido la matinal belleza de la inocencia, pero creo que por deficiencia mía no había comprendido hasta entonces el humilde encanto de lo restaurado.

Desde siempre amé la pureza intacta de esos rostros angélicos que conservan su armonía original y gusté la verdura de los brotes tiernos que no conocen el agobio del estío, el ocre mortal del otoño o la desnudez del invierno.

La blanca novedad del albor, la misteriosa virginidad del lirio o la inmaculada pureza de los infantes ejercía sobre mí una atracción particular. Y era el pecado de Adán, al que el "Exultet" llamaba feliz, el que había cerrado para siempre la integridad de la inocencia.

Recuerdo que por entonces algún cimbronazo inesperado hizo caer un estante de la vitrina e hirió unas frágiles figuras de porcelana. Con paciencia volví a unir cada mano con su brazo y reinjerté las flores en sus tallos. Es verdad que en algunas las huellas del desastre eran imperceptibles, pero me bastaba el haberlas visto mancadas y descabezadas para negarme a tenerles el mismo aprecio.

Pasaron los años y lo que no pude aprender de la enseñanza de mis maestros lo comprendí en la irreemplazable escuela de la propia experiencia. Cuando mis mismos actos confirmaron con su desobediencia el camino de Adán, gusté el amargo sabor del pecado, pero también la dulzura inefable del perdón.

Supé entonces que si la inocencia aventaja en su integridad, la redención supera en la humildad. Entendí, ciertamente, que —desde la ruptura original— hasta la inocencia personal tiene su peligro. La soberbia que busca siempre los más curiosos disfraces para esconderse encuentra a veces en la autocomplacencia una perfecta aliada.

Comprendí desde entonces por qué el fariseo que daba gracias en el templo por cumplir la ley no bajó justificado a su casa y capté la belleza de aquel publicano que desde el fondo golpeaba su pecho sintiéndose solamente un pobre pecador.

Esa belleza, hasta entonces desconocida para mí, no se sustentaba ya en la armonía primigenia. El resplandor de lo restaurado no se basa en la integridad, sino en la humildad.

En esto, el pecado redimido parece tener una ventaja sobre la inocencia. Dios parece servirse de él para mostrarnos nuestra propia miseria, la pequeñez y cortedad de nuestra fuerza, y para hacernos patente su misericordia como un amor que se abaja, que nos ama porque él es bueno y no porque nosotros lo seamos.

También descubrí que sabernos redimidos también tie-

ne la ventaja de inclinarnos a la compasión, comprensión y perdón frente a los demás, porque supone el reconocer-nos compañeros en esta misma realidad de pecadores que necesitan redención.

Quizá sea ésta la enseñanza que Dios mismo quiso que sacara de mi propio mal. Él, que es soberano de todo, se sirve hasta de nuestro pecado para acercarnos más a Él. Feliz, en verdad, la culpa que me hizo descubrir que Dios es grande.

Ahora, cuando me preguntan por qué guardo esa figura de porcelana restaurada de modo que se note su falla y su defecto, contesto que es para recordar que yo también soy redimido. Muchos no comprenden aún, pero no importa; yo también escuchaba el "Exultet" sin entender la humilde felicidad de sabernos rescatados.

EL PERRO TOLEDANO

Era la hora de la siesta. Todo Toledo se resguardaba del sol inmisericorde del mediodía. En ese rocoso meandro amurallado que guarda el testimonio de siglos gobernaban la quietud y el silencio.

Sin embargo, para mí era el tiempo del esfuerzo. El autobús que llevaba a Madrid partía de la alameda a las tres. Consciente de estar a destiempo, con silencioso sigilo, cruzaba la ciudad sumida en la modorra provinciana de la siesta.

Calladamente saludaba las huellas escondidas de los celtas y el agudo ingenio del romano que disciplinó estas tierras sin hacerles perder su misterioso encanto. En una curiosa convivencia contemplaba la austera piedra visigoda sosteniendo los arcos imaginados por la sensualidad mora y coronados siempre por la sobria religiosidad de los Austrias.

El aparato grandioso de esa soberana capital imperial enmarcaba ahora una vida pueblerina. Las murallas actualmente la prevenían del mundo del progreso que, reverenciando su antigüedad milenaria, se resistían a abordarla.

Pasaba por la catedral y desde allí me dejaba caer por cualquier callecita que por su pendiente me aseguraba terminar en el río. Otras veces elegía la vía del comercio para pasar por el Zocodober y luego bajar al fresco remanso de la alameda.

Fue en alguna estrecha calle de los arrabales de Santiago que me encontré con un perro. Por esa extraña sintonía que nos permite reconocer a los iguales, nuestro caminar se hizo primero paralelamente distante, para luego convertirse en un cercano compañerismo.

Compartíamos la misma empresa. Éramos los únicos dos héroes toledanos que enfrentábamos la calurosa densidad de esa hora para dejarnos llevar por la pendiente hasta la puerta de Bisagra. La simpatía mutua hacía de miradas y gestos un silencioso diálogo de amigos. Había una extraña elocuencia en esa conversación sin palabras que nos llevaba a disfrutar de ese encuentro inesperado.

Llegados a Bisagra nos enfrentamos con el moderno mundo de extramuros. Hasta allá reinaba la secular lentitud de lo antiguo. Pero más allá de la murallas la magia de esa ciudad que no cambia pierde su encantamiento.

Comprendí, entonces, que era peligroso que un perro que no conoce las velocidades de la vida contemporánea cruzara conmigo hasta la alameda. Los perros toledanos no deben internarse en el vertiginoso mundo de los ruidos y apuros modernos. Dentro del lento cobijo de las seculares murallas su animal imprevisión está siempre más segura. Con paternal simulación dibujé en mi rostro la ex-

presión más severa y con un grito aterrador ahuyenté al pobre perro, que corriendo se refugió en el acogedor amparo de la ciudad antigua.

Satisfecho por mi buena obra me encaminé al parque y me senté a esperar el autobús a la sombra misericordiosa de un árbol.

La memoria me presentó el recuerdo de ese perro confundido por mi reacción. —¡Pobrecito! —pensé, —sin duda creyó que le haría algún daño—. Con compasión entendí que no podía un perro comprender mis razones. Una distancia grande separa la prudencia animal de la racional comprensión humana.

Y allí, bajo el fresco amparo de ese árbol de la alameda, comprendí un misterio que desde hacía tiempo me desvelaba. El perro entre sus razones no encontraba ninguna que le hiciera suponer que estuviera mal continuar acompañándome. Sin duda no sabía del peligro que conlleva el cruzar esa calle que marca el ingreso en el veloz mundo moderno. Al parecer se alejó creyendo que mi actitud no había sido ni justa ni amigable.

¡Cuántas veces yo, deseando algo que a mi entender es bueno, protesto porque no se concreta! ¡Cuántas veces dudo del amor de Dios cuando deseando proseguir mi camino veo que Él no me deja seguir adelante!

En oportunidades sentí lo mismo que debió sentir ese pobre perro. Cuando el rostro de Dios simula endurecerse y la severidad de la providencia me cercena el andar sin permitirme comprender la malicia de mi proseguir, yo

también me escondo dentro de mis murallas como ese perro desconcertado, y desconfío de la bondad de mi divino compañero.

Pero si las inteligencias animal y humana guardan una enorme distancia, cuánta mayor lejanía separa nuestro entender del conocimiento de Dios, que no admite el límite del misterio.

Desde entonces comprendí que el amor que va de arriba hacia abajo, a veces debe actuar de esta forma. Supe que el entender tiene sus grados y que sólo la humildad puede llevarnos a aceptar que lo que no alcanza nuestra comprensión no es por esto irracional. Existe, por encima de nuestros horizontes, la verdad de lo misterioso, de lo inalcanzablemente cierto y verdadero.

Y así, en el fresco reposo de una celestial alameda, imaginé a Dios satisfecho de amar bien, aunque no lo comprendamos.

LA LECCIÓN SERRANA

Sus amigos pensaban que se aburría en el lejano retiro serrano que había elegido para sus vacaciones, pero él hubiera prolongado ese delicioso tiempo hasta hacerlo eterno. Aprovechaba su silencioso descanso para caminar por los quebrados y caprichosos senderos que se abren en los cerros esperando oír hablar a las cosas. Había descubierto que si agudizaba su oído, cada día traería consigo una nueva enseñanza.

Un día en el duelo secular de la piedra y el agua observó en ambas contrincantes concesiones y ganancias. No se podría decir de ninguna que hubiera vencido. Había piedras soberanas que con la majestuosa cohesión de su masa obligaban a curvar el cauce de los ríos más briosos. Pero también estaba la acuática paciencia de los siglos que perseverando en su intento llegaba a doblegar la solidez de la piedra hasta convertirla en polvo.

Como siempre, la victoria del fuerte parecía estar en su tamaño y el éxito del débil, en la constancia.

Otro día vio un yuyito empeñado en crecer debajo de una gran piedra. Podía hacerlo gracias al sol que poco antes del ocaso estiraba sus rayos hasta alcanzarlo. Al pare-

cer, también el yuyo hacía sus esfuerzos por evitar las sombras, que lo ahogaban. Alargaba sus ramitas amarillentas y sin gracia para ver reverdecer sólo sus puntas.

Sus flores eran realmente hermosas y, pensando en premiar su esfuerzo, se preguntó si debía correr la piedra. En ese día no lo hizo porque temió que el sol del mediodía agostara el yuyo. Y cuando volvió hacia el final de su estancia vio que la piedra estaba cubierta de hermosas flores.

A veces el silencio de la sierra es más elocuente que los ruidos urbanos.

EL MISTERIO DEL BORDADO

Se despertaba muy temprano para cumplir el rito sagrado con que cada día santificaba su agradecimiento por el don de la vida y renovaba el pacto de amistad con Dios. Tomaba de la repisa el libro de oración que fajaba con un grueso elástico negro para asegurar la infinidad de estampas y recuerdos que guardaba entre sus páginas.

Pertenecía a esa ascética generación que prefería la dura rigidez de las sillas o la incómoda postración del reclinatorio. Y así, sentada o de rodillas, releía las inmemoriales frases que bien podría haber repetido de memoria. Repasaba la oración matutina, renovaba los actos de fe, esperanza y caridad, desgranaba las interminables letanías del Sagrado Nombre de Jesús y concluía siempre de pie para rezar el Angelus. Después se sentaba o se arrodillaba nuevamente y de entre las hojas del libro tomaba una gruesa cinta de seda bordada y la contemplaba largamente.

Para sus nietos era un misterio el atractivo de ese señalador envejecido por un excesivo manoseo. Era una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, pero lo curioso es que

siempre miraba detenidamente no el derecho del bordado, sino su caótico revés.

Era impensable que eso de mirar la contracara confusa y desapareja de un bordado pudiera tener algún sentido. A veces pensaban que la creciente ceguera de la abuela le impedía distinguir el lado correcto. En ocasiones preferían suponer que inspeccionaba la factura de esa cinta en busca de algún error en el bordado. Pero casi siempre se reían de lo que parecía una manía de anciana. No es raro calificar de senectud lo que no es sino el fruto de una madura sabiduría.

Con el tiempo, también sus nietos recurrieron al viejo devocionario para encontrarse con Dios. Allí, junto al señalador de seda, había una oración escrita con la pareja caligrafía de la abuela. Decía así: "Dios nuestro, somos los hilos que dibujan tu rostro infinitamente bello y amable. No lo sabemos, ni lo vemos, pero lo creemos y lo esperamos. Desde aquí abajo sólo vemos el revés de tu obra. Nuestros ojos contemplan las hebras que se juntan y se separan sin sentido. A veces es difícil imaginar que con tanto desorden tú puedas mantener la armonía de tu obra. Vemos que un hilo da mil puntadas y otro sólo una y nos parece injusto, pero tú —que sabes el porqué de cada cosa— consideras tan importante el hilo que dibuja tu pupila como aquel que colorea tu manto. Tú comienzas la trama de cada historia y la cortas justo a tiempo. Tú mezclas y separas; acercas y distancias. No lo veo, pero lo veré; no lo sé, pero lo intuyo; no lo comprendo, pero lo creo".

La abuela firmaba la oración adornando la caligrafía de las tres innecesarias mayúsculas de "Tu Hilo Azul". Nunca supieron los nietos a cuál de ellos se refería la anciana, pero cada uno solía reconocerse y contemplar su propio recorrido largamente en el revés confuso de la vieja cinta de seda.

LA EMPEÑOSA SOBRIEDAD DEL JARDINERO

Amaba su jardín, pero en verdad hubiera preferido una tierra menos fecunda. De joven se había propuesto hacer todo lo posible para que la enmarañada selva que rodeaba su casa se pareciera a las sobrias campiñas que delineaban sus mesurados contornos en los grabados de la sala.

Entendió que su misión habría de ser la de poner orden en todo ese exótico caos y, llegado el tiempo, empezó la laboriosa empresa de podar, alinear, ordenar y delimitar el paisaje. Es verdad que la selva oponía su resistencia como esos cabellos rebeldes alisados por la viscosidad de los ungüentos, pero su tesón de jardinero venció. De no ser por la excesiva verdura de las plantas y la rapidez con que resurgía el impulso selvático, uno bien podría pensar que era espontáneo el prudente orden de ese jardín.

El jardinero disfrutaba su tarea. Entendía que su misión era purificadora y con empeño arremetía contra los brotes que oponían su connatural energía. Con sacerdotal unción cercenaba los renuevos y con singular tenacidad alineaba cada sendero y ordenaba los canteros.

Sin embargo, a veces su trabajo era duro. Amanecían

días en que encontraba que en el parterre donde reinaban las pálidas rosas amarillas se asomaba la caprichosa singularidad de una orquídea encarnada. Esos días llevaba hasta el lugar su silla para contemplar la novedad largamente y, seducido por esa belleza original y despareja, se preguntaba si no debía dejarla.

La respuesta siempre era la misma. Esperaba hasta la noche y entonces sin mirarla arrancaba el tallo y hurgaba la tierra hasta desentrañar también la raíz escondida.

Al día siguiente, cuando contemplaba la pareja belleza de sus rosas, se decía a sí mismo que había hecho bien. Sin embargo, algo en su interior deseaba que pronto otra orquídea brotase. Lo difícil era despojar el jardín escondido de su alma de ese sentimiento selvático, para que allí también crecieran sólo rosales y lirios.

LA INSACIABLE AVIDEZ DEL ESTETA

Bien podía decirse que nunca descansaba. El mundo parecía tener demasiadas desprolijidades. Él deseaba subsanar todo lo que captaba como desparejo y postergaba su reposo para después. Una y otra vez se decía: "Cuando termine con esto me sentaré tranquilo a contemplarlo", pero acabada su tarea siempre se le presentaba otro error que debía ser solucionado.

A veces se creía un demiurgo. Se entendía a sí mismo como un ser destinado a ordenar el caos informe del universo. Caminaba por las calles pintando muros y plantando árboles. Pero lo curioso es que sus muros no envejecían y sus árboles estaban constantemente en flor y fruto. Con implacable decisión demolía todo aquello que quitaba perspectiva y era capaz de cercenar un edificio por recuperar el celeste abrazo de una cúpula. Nunca reparaba en gastos; si era necesario, había de hacerse. Sentía especial aversión por los añadidos que destruían la armónica estructura de una fachada y con su mente viajaba al corralón preciso en el que se encontraba la reja original y el portón adecuado.

No entendía cómo era posible una pobreza tal que

obligara a mantener el estado actual de las cosas. Le molestaba la intolerancia de la gente. A veces arremetía contra el gobierno por no invertir dinero en estos asuntos y hasta pensaba que la Iglesia debía asumirlos como una urgente obra de caridad.

En verdad no es que se lo propusiera, pero no podía dejar de advertir la disímil colocación de un azulejo, el desaparejo alinearse de los barrotes de una reja, la más sutil falsa escuadra y la imperceptible falsedad de la mejor lograda copia.

Un día vio a Dios. Con razón lo respetaba. Sabía que en su Reino la ley de la más perfecta armonía hacía que cada cosa ocupase su lugar adecuado. Ciertamente, Él sí sabría discernir lo que en verdad podría llamarse bello. Inquieto, le preguntó cuáles eran las cosas que más le gustaban.

La respuesta de Dios fue desconcertante. "Amo el doloroso nacer de cada niño y la resignada soledad de los enfermos", le dijo, "Son hermosos el generoso compartir del pobre y la humilde ofrenda del que obedece; pero entre todas las cosas bellas la que más me atrae es la amante entrega de mi Hijo", añadió.

En verdad le pareció extraña la estética de Dios. Ciertamente su sentido de la belleza era curioso. Coincidió en pensar que el don de la nueva vida era maravilloso, pero por qué opacarlo con dolores y llanto. Entendía que la resignación fuese virtuosa, pero creía que era más hermoso tener con quién compartir el sufrimiento. Sabía que en el

Evangelio se pondera la generosa ofrenda de la pobre viuda, pero él prefería admirar las donaciones que permitían construir catedrales y dotarlas de valiosas obras de arte. En cuanto a la obediencia, no podía negar que veía mayor belleza en el poderoso mandato.

Con respecto a la muerte de Cristo, admiraba aquellos crucifijos notables que disimulaban la fealdad de la muerte para ponderar la nobleza de la entrega, pero remontaba su imaginación hacia ese momento y lo encontraba sucio, doloroso, postergado y absurdo.

Y Dios, que conocía sus pensamientos, le dijo: "Por eso no descansas; es que no sabes ver la oculta belleza que guarda todo lo bueno".

ÍNDICE

Prólogo	7
Prefacio	11
1. El rey solo	13
2. El precio del talento	17
3. La dama del lago	21
4. El prestigio del poeta	25
5. El nombre de Juan	27
6. Los miradores gaditanos	29
7. La irrepetible misión de cada uno	33
8. El aprendizaje del amor	37
9. La tradición	41
10. La descripción de la casa	45
11. El dragón	47
12. La humilde belleza de lo redimido	49
13. El perro toledano	53
14. La lección serrana	57
15. El misterio del bordado	59
16. La empeñosa sobriedad del jardinero	63
17. La insaciable avidez del esteta	65

ISBN 987-96054-1-1



9 789879 605417

*el*ELEFANTE



BLANCO